

## DIARIO DE SEVILLA

### Cuentos eslavos

LUIS MANUEL RUIZ, 30 AGOSTO, 2020

Dubravka Ugresic (Kutina, Croacia, 1949) juega en los sorteos con **papeletas más que suficientes para merecer un próximo premio Nobel**. Mujer, de lengua marginal, edad madura, atenta a las más recientes convulsiones de su tiempo como la disolución europea o el seísmo feminista, no sería extraño verla hacer bulto con Svetlana Alexiévich y Olga Tokarczuk en el censo de las galardonadas del nuevo milenio. A todos los méritos anteriores, más o menos discutibles, ella añade uno que no lo es: una **literatura de calidad**.

Original, riesgosa, interesada en atacar los problemas universales desde el pequeño ombligo de su cultura local, Ugresic construye, como bien revela la novela que reseñamos hoy, **artefactos de una rara consistencia** cuyo funcionamiento depende de la sincronización de, al menos, tres tipos de engranajes. Uno de ellos es la atención a la calle, el oído, el gusto por recoger expresiones populares, retazos de la vida misma que se abandonan al pasar; otro, relacionado con el primero, el **interés por el folclore, y el intento, casi antropológico o documental, por preservar en el texto hábitos, costumbres, formas de hablar y de vivir** propias de su pueblo que el tiempo tiende a arrastrar sin remedio; y está, en fin, lo más valioso para un escritor, su imaginación: Ugresic (como Tokarczuk) muestra estar bien dotada también de esto, y haber sabido aprovechar la prolífica veta de lo maravilloso que atraviesa el subsuelo de su cultura madre, la eslava.

Pues de cultura eslava va todo esto. No contenta con haber nacido en Croacia y crecido en la extinta república yugoslava (hasta el desastre final del que ella misma da parte en muchos rincones de su obra) con serbios y bosniacos, se hizo especialista en Literatura Rusa y estudiosa del folclore común de todos estos pueblos. Lo cual aflora de manera más que manifiesta en este título, *Baba Yagá puso un huevo*, que se remonta a 2008 pero que Impedimenta ha considerado digno de una reedición. El propio título desvela ya su alcance e intenciones: nos hallamos frente a un **curioso ejercicio retórico en torno a la figura de Baba Yagá, personaje privilegiado de las mitologías eslavas**. Para quien no haya leído

las recopilaciones de cuentos de Afanásiev, Baba Yagá es una señora antiquísima, de nariz descomunal y greñas de ceniza, que vive en la linde de un bosque sobre una casa con patas de gallina que gira sobre sí misma. **No está muy claro si es buena o mala**; lo mismo recibe con aparente agrado a los viajeros que atraviesan su porche que mete a niños en el horno, castiga a doncellas con insufribles tareas de bordado y facilita que héroe y princesa se besen en el obligatorio final feliz. La antropología, ese trastero de contradicciones, nos dice que es bruja, diosa, mártir, demonio; un vestigio del culto a la Madre que en su día alentó a los pueblos olvidados de Europa; una guardiana bestial del mundo de ultratumba, como Cerbero y otros híbridos; la muerte rediviva, que aguarda al peregrino al final de todas las sendas. Baba Yagá aparece infaltablemente en todos los **cuentos de hadas rusos**, esos de que con tanta profusión se sirvió Propp, en compañía del zarévich Iván y las Rusalkas y los pájaros de fuego, y contribuye a colorear esas historias donde, entre paisajes de hielo y tundra, se nos descubre un mundo que, de haber existido, sólo lo hizo en los dioramas de la imaginación popular.

La novela de Ugrešić parte del mito de Baba Yagá para intentar una **aproximación contemporánea**. Aparte del interés folclórico, otros motivos la amparan: la denuncia de la relegación de la mujer a un puesto subalterno, la relegación del anciano (de la anciana) a un puesto subalterno, la relegación de Europa (frente a los USA) a un puesto subalterno, la relegación de los países balcánicos (frente a Europa) a un puesto subalterno. Al principio, uno teme que tal cantidad de reproches no pueda tomar sino la forma de la jaculatoria y el veneno, y afortunadamente no es así. **La autora, con el espíritu tutelar de la bruja por consejera y guía, ha elegido el tono del humor y el del relato maravilloso**. En un dístico central, compuesto de dos partes simétricas, se nos narran los avatares de varias mujeres propectas y venerables. El primero, centrado en la madre de la narradora, estragada por el alzhéimer, repelente y tierna, da pie para repasar la historia del último siglo en Croacia, Serbia y Bulgaria, de los dorados austrohúngaros al cemento comunista, pasando por campos de concentración y partisanos. El segundo recurre al registro del vodevil para pintarnos un balneario checo donde tres ancianas protagonistas, Pupa, Beba y Kukla, olvidadizas, ocurrentes, entrañables y estúpidas a partes iguales, hacen de las suyas entre masajistas disfrazados de turco, vendedores de remedios para la longevidad y magnates norteamericanos.

El díptico, que en realidad es un tríptico, se cierra con una última parte de cien páginas, la más **enigmática y sorprendente** de todas. Aquí, Ugresic parece haberse rendido a una tentación que no sé si hace bien a su texto, con ser, de todos modos, la más interesante de las tres. En la duda de si el lector medio habrá captado o no los tonos más sutiles de su historia o calibrado el alcance exacto de sus alusiones, la autora nos endosa un apéndice donde, bajo la máscara de una folclorista búlgara (personaje de páginas previas), **disecciona los episodios de la trama** y aclara escolarmente su relación con las tradiciones eslavas y la leyenda de Baba Yagá. Es decir: que ahorra trabajo a los críticos emprendiendo la reseña de su propia obra, indicando al lector desorientado lo que tiene que leer en cada página y la bibliografía a la que remite. Todo un detalle para las tesis doctorales que vengan, que seguro que vienen.